

poeta es susceptible de tomar grandes determinaciones cuando se trata de domar á la liviana Quimera. La cabellera castaña es hoy abundosa, pero nada tendría de raro que un día la calvicie hundiera en ella sus manos lampiñas; porque el dios Deseo se parece á esos cocineros ingleses que cuando preparan un gran festín no tienen ningún reparo en desplumar cisnes. »

El día en que Armand Silvestre, según el augurio de su maestro Banville, debía ser acariciado por las manos de la Calvicie, ha llegado al fin. Hoy la figura del autor de *Rosa de Mayo* es idéntica al retrato que acabo de transcribir, con menos la linda cabellera de otros tiempos. Su talento también es igual, pero ya no produce ni *Sonetos Paganos*, ni *Paisajes Metafísicos*. Si Banville lo hubiera previsto todo, quizás en vez de hablarnos del dios Deseo nos hubiera dicho algo de la Dalila del Camancio que corta, al mismo tiempo, los flotantes rizos castaños y las alas vaporosas de la estrofa.

UNA VISITA A AUGUSTO STRINDBERG

VISITA A AUGUSTO STRINDBERG

LA CELDA. — UNA NOVELA AUTOBIOGRÁFICA. — LA SUPREMA DESILUSIÓN. — « NIHIL ». — LA « GRAN OBRA ». — UN PREFACIO INÉDITO. — LAS MUJERES. — IBSEN Y BJORNESTERNE. — PASIÓN ESCANDINAVA.

De la Academia Española, me dijo Strindberg cuando hubo leído la carta de presentación que un amigo me había dado para él — de la Academia Española... miembro correspondiente?... es curioso...! Y sin darme tiempo para responderle, volvióse de espaldas y comenzó á buscar algo entre los papeles de su escritorio. Luego se puso de pie, y enseñándome una carta, me preguntó : — ¿Cree usted que cuando alguien recibe una comunicación de una Academia, en la cual se le llama miembro correspondiente, la cosa es seria?

UNA

VISITA Á AUGUSTO STRINDBERG

LA CELDA. — UNA NOVELA AUTOBIOGRÁFICA. — LA SUPREMA DESILUSIÓN. — « NIHIL ». — LA « GRAN OBRA ». — UN PREFACIO INÉDITO. — LAS MUJERES. — IBSEN Y BJORNESTERNE. — PASIÓN ESCANDINAVA.

— ... De la Academia Española, me dijo Strindberg cuando hubo leído la carta de presentación que un amigo me había dado para él — de la Academia Española... miembro correspondiente?... es curioso...!

Y sin darme tiempo para responderle, volvióse de espaldas y comenzó á buscar algo entre los papeles de su escritorio.

Luego se puso de pie, y enseñándome una carta, me preguntó :

— ¿Cree usted que cuando alguien recibe una comunicación de una Academia, en la cual se le llama miembro correspondiente, la cosa es seria?

— Sí, señor.

— ... Es curioso... porque entonces yo también soy miembro de la Academia de la Historia de Madrid... verdaderamente es curioso... y raro.

Yo aproveché la ocasión para asegurarle que los españoles instruidos le conocían y le admiraban; que desde que Echeagaray había traducido una obra de Ibsen, todos los periódicos literarios de Madrid se ocupaban en dar á conocer las producciones del genio escandinavo; que los jóvenes, en fin, le habían considerado siempre como á uno de los apóstoles de Arte Nuevo.

El parecía no oirme; y siguiendo el hilo de su ensueño, continuó:

— ... ¡Miembro de la Academia de la Historia!... Es cierto que hace algún tiempo envié á esa corporación una memoria sobre las relaciones entre los países escandinavos y la nación ibérica; pero eso no valía la pena... ¡Son tan bondadosos, los españoles!... Ayer justamente recibí una carta del señor Grant, en la cual me anuncia que el casino de Barcelona, me enviará pronto, como regalo literario, una escribanía de plata.

Un instante de silencio.

En seguida una nueva frase sobre la galantería española.

* * *

Strindberg realiza, de una manera perfecta, el tipo ideal del hombre del Norte. Es alto, demasiado alto quizás, y muy grueso; su cabellera mal peinada es rubia y espesa; sus ojos son claros y su frente enorme. Habla poco, con una voz monótona, sin ademanes, sin movimientos, sin entonación, midiendo siempre sus palabras y tratando de dar á su frase un corte lapidario y rítmico.

Su habitación — su *home*, como ahora se dice en París — es una verdadera celda, en la cual no hay sino una cama de hierro y una mesa de trabajo. Él, no obstante, cree que su ventana es el más bello mirador del mundo, porque dá á un jardín con ventual.

— Los conventos — dice — son el más seguro aliciente para el trabajo. Cuando vuelvo á casa tarde, sin ganas de escribir, me asomo á esa ventana; pienso que detrás de esos árboles hay una comunidad que ignora lo que es el ocio; y me figuro que este cuarto forma parte del monasterio, y trabajo pacientemente, como un beneditino, hasta que las fuerzas materiales me abandonan.

» Para hacer una labor sana y fecunda, sería necesario vivir en un antiguo claustro... ¿Conoce usted á Huysmans?

— Sí, le conozco.

— Según parece, vive en un convento laicisado.

— En efecto.

— Si yo pudiese conseguir una habitación en la misma casa, produciría más y mejor que en ninguna otra parte.

Strindberg ha contado la historia de su vida en una novela autobiográfica.

Siendo hijo de un obrero y de una criada de servicio, heredó de sus padres « el sentimiento plebeyo ». Durante los primeros lustros de su vida, sólo quiso pensar en el encanto de los talleres y en la libertad de la vida humilde. Luego vióse encerrado, gracias á la protección del rey Carlos, en un instituto aristocrático donde adquirió el odio de la plebe sin perder en absoluto el amor de la democracia. De allí sus primeros conflictos filosóficos, sus primeras luchas secretas y sus primeras tristezas íntimas.

Al salir del colegio puso en un lado de la balanza los instintos y en otro las aficiones. La Reflexión dió algún peso á las primeras, y el platillo se inclinó del lado del rey; pero en seguida el Sentimiento torció por completo el fiel hacia la parte contraria, y Strindberg tuvo necesidad de cambiar su toca cortesana por un gorro liberal. Entonces fué cuando aparecieron

en un diario demagogo de Estokolmo sus artículos contra la monarquía; entonces fué también cuando los conservadores suecos le dijeron: « Tú, que eres espuma de la clase baja y piedra del torrente vil recogida por manos caritativas y pulida por obra de la caridad, no tienes derecho á gritar contra la corona. El rey, nuestro señor, te dió luz de ciencia que tú tratas hoy de aprovechar para meter fuego á las instituciones; la nobleza salvó tu cerebro del embriecimiento, dándote la fuerza mental que tratas hoy de emplear para atacar los fueros. Eso prueba que los pecheros son siempre infames, que la plebe es siempre ingrata, que los descamisados son siempre crueles. »

En vez de amedrentarse, Strindberg siguió andando por el mundo de la política libre. Y atravesó una ruta de abrojos que se llama Desprecio, y pasó por mil aldeas que se llaman Desconocimiento; hasta que, cansado de la actividad infecunda, quiso refugiarse en el seno de la Especulación Pura.

Llamó á la puerta de la Filosofía. Un hujier vino á abrirle y le dijo:

— ... ¿ Qué buscas ?

— Busco á la Verdad.

— Entonces aléjate, porque aquí sólo conocemos la Incertidumbre.

— Sin embargo, vuestro castillo es inmenso y tie-

ne mil rincones desconocidos, en los cuales me sería, tal vez, posible encontrar á la ninfa deseada.

— ¿ Hablas seriamente ?

— Hablo con el alma.

— Pues entra y trata de hacerte conducir por la Fe, que es la única que puede penetrar en las estancias. ¿ Conoces á esa conductora secular ?

— Sí ; la traigo conmigo.

Su compañera, en efecto, fué enseñándole todo.

— Aquí — le dijo al encontrarse en la primera estancia — se encuentra la Verdad. Mirala. Tiene los ojos azules y el cuerpo blanco. Se llama Venus. Su hijo es el Amor. Hasta hoy nadie ha logrado sobrepasarla en pureza de hermosura y en armonía de pensamiento. Todas las palabras que brotan de sus labios son dulces ; todas sus actitudes son rítmicas ; todas sus miradas son luminosas. Ponte de rodillas y adórala.

Arrodillóse Strindberg y comenzó á orar ; pero aún no había llegado al fin de su plegaria, cuando la Fe volvió á abrazarle.

Y le dijo :

— Levántate. Ven á esta otra estancia. Mira lo que hay en el fondo... ¿ Ves algo ? Es una imagen sin mancha, cuyos ojos consuelan y cuyos labios alien-tan ; es la imagen de María, Nuestra Señora, vida y esperanza, torre de marfil, madre de misericordia,

vaso sagrado, rosa mística. Su busto no es amplio, pero es delicado ; su actitud no es majestuosa, pero es tierna ; su rostro no es fresco, pero es divino. Parece triste porque sus mejillas están llenas de lágrimas ; mas en el centro de sus pupilas hay un foco inextinguible de ventura divina, que alegra los corazones... Cree en ella.

— Alabada seas por los siglos de los siglos, iba á decir Strindberg, cuando la Fe le hizo una señal y le mostró, con el dedo, otras figuras que también eran dignas de admiración exclusiva.

— Esa es la Ciencia — le dijo — y sólo ante ella debe uno inclinarse ; y esa es la Libertad que no tiene rival ; y esa es la Naturaleza, cuya gloria brilla más que ninguna gloria ; y esa es la Calma, y esa es la Pasión... Adóralas.

Cuando el cortejo hubo acabado de pasar, Strindberg se convenció de que, siendo todo Verdad, todo tenía al mismo tiempo que ser Mentira, y entonces pudo pronunciar la frase siguiente, que es el resumen de sus ideas definitivas : « ¡ Nada es bello, nada es bueno, nada es moral ! El Universo Filosófico no existe. ¡ Lo único que tiene un sentido justo en el mundo, es la palabra *Nihil* ! »

* * *

Su nihilismo, empero, fué un nihilismo idealista.

Después de dudar literariamente y de negar de una manera metafísica, Strindberg ha llegado á refugiarse en la árida colina de las ciencias naturales.

— No me hable usted de literatura; la literatura no existe ya para mí — me dijo; — lo única que me interesa es la ciencia. Oiga usted el prólogo de mi Grande Obra.

Y comenzó á leerme, pausadamente, las primeras líneas de su libro definitivo: « Al llegar á la mitad del camino de la Vida me siento para descansar y meditar. Todo lo que mi audacia deseaba, todo lo que anhelaba mi imaginación, lo he conseguido. Y hoy, lleno de vergüenzas y de honras, de alegrías y de sufrimientos, me pregunto: ¿qué hay más allá? Todo se repetía con una monotonía desesperante; todo se parecía á todo. Los antiguos sabios dijeron: « El universo no tiene ya secretos. » Y las generaciones que insultaban á Dios, se inclinaban ante la Ciencia; y la Ciencia, que debiera ser la Libertad, era la Tiranía. Y yo, que veía todo eso, creí que no me quedaba sino un recurso: el suicidio. Pero un instante antes de llevarme á los labios la copa salvadora, oí una voz que me aconsejaba. Y así comprendí que el secreto del Universo no había aún sido descubierto, y en seguida me fui por los grandes caminos, á veces solo, á veces acompañado, con el ob-

jeto de meditar sobre el gran desorden y sobre la coherencia infinita. Este libro es el libro del desorden y de la coherencia. »

Mis lectores descubrirán fácilmente, en las líneas anteriores, algo que, aun siendo muy serio, carece de la sequedad de los modernos tratados científicos.

Strindberg, en efecto, sigue siendo, á pesar de su desprecio por la literatura, un poeta que no ve, en los hechos, sino el color raro, el aspecto extraordinario y la forma maravillosa. Su último descubrimiento es « la composición del azufre »; sus principios son principios alquimistas que niegan la existencia de los cuerpos simples; sus obras científicas contienen capítulos titulados, « La cabeza del muerto » ó « Místico racional »; sus estudios austeros concluyen, á veces, asegurando que la vida y la muerte son idénticas y que sólo la energía es inmortal.

— El Milagro — dice — es una de las grandes realidades del Universo; sin el Milagro nunca el gusano se convertiría en mariposa. El Capricho mismo es una ley natural que dá á ciertos insectos, como el aquerontiatropos, una forma mística y macabra.

*
*
*

Este soplo que anima hoy sus invenciones científicas, es el mismo que dió vida, en otro tiempo, á sus partos artísticos.

Sus dramas estriban siempre en una paradoja sentimental. *La señorita Julia*, *Los Acreedores* y *El padre*, son obras antiibsenianas, en las cuales el poeta sueco trata de probar al apóstol noruego que la Nora y la Rebeca pierden todo el encanto de su sexo al tratar de ser libres y de pensar por cuenta propia.

« El padre », especialmente, ha dado á Strindberg una fama universal de misógino rabioso, por lo cual me pareció interesante pedirle su opinión sobre la mujer.

He aquí su respuesta :

— Yo no soy enemigo de la mujer, de la mujer verdadera, dulce ó violenta, rubia ó morena, triste ó alegre ; lo que me parece repugnante es la mujer que estudia medicina ó que habla á su marido como Rebeca habla á Rosmer ó Nora á Tarvaldo. He estado casado dos veces ; he tenido cinco hijos, y siempre me he sentido atraído por las mujeres bonitas. Así, pues, los que me llaman : « El enemigo del sexo débil », no son sino puros mentecatos. La mujer debe seguir siendo « la compañera del hombre », pero no convertirse en « la rival del hombre », pues por ese camino llegaríamos á vivir en una sociedad de andró-

ginos sin sexo, hasta que una revolución violenta dividiese á la sociedad en dos partes y pusiese de un lado : « Sodoma » y del otro : « Gomorra ».

*
*
*

Una anécdota acabará de dar á conocer el carácter de Strindberg.

Como en el curso de nuestra conversación yo le pregunté si conocía personalmente á Ibsen, púsose encarnado y me dijo :

— Ibsen y yo somos enemigos.

— Enemigos literarios...

— No ; en nuestra tierra no hay enemigos literarios : en Escandinavia el que escribe lo hace con objeto de ser útil á la humanidad ; de modo que, si alguien predica doctrinas contrarias á las suyas, se convierte en enemigo de los hombres en general y suyo en particular... Ibsen, para mí, es un ser odioso.

— Sin embargo, Bjornsterne é Ibsen son también enemigos literarios, lo cual no impide que la hija del primero se haya casado con el hijo del segundo.

— No importa, y yo estoy seguro de que tanto Ibsen como Bjornsterne son bastante caballeros para haber maldecido esa unión... Pero... ¿ qué quiere usted?... el amor es más fuerte que el odio...

UNA VISITA A FRANCISQUE SARCEY

UNA VISITA A FRANCISQUE SARCEY

UNA

VISITA Á FRANCISQUE SARCEY

Para Mr. Léon Decoux.

LA FIGURA DE SARCEY. — SU VEJEZ. — UN UNIVERSITARIO
— SU PRIMER TRIUNFO. — UNA ANÉCDOTA. — LOS ANA-
LES. — UN RETRATO DE SARCEY. — SUS CONFERENCIAS.

No sé si es el hombre más popular de Francia, pero, en todo caso, estoy seguro de que es el escritor que con más frecuencia hace hablar de sí en la prensa de París. Los cronistas han encontrado en su figura y en su talento, una mina inagotable de bromas fáciles. Los caricaturistas también sacan gran partido de su estampa, para hacer reir al público.

— Ahora — decía un dibujante de cierta novela moderna, dirigiéndose á uno de sus compañeros — ahora creo que vamos á morirnos seriamente de hambre.

— ¿De hambre?

— Sí; de hambre.

— ¿Y por qué?

— Porque se ha acabado la actualidad; por que Sarah se ha marchado á América; porque los diputados están de vacaciones; porque ningún ministro ha hecho una barbaridad desde hace tres días...

— ¿Y luego?...

— Luego no hay medio de hacer caricaturas, puesto que nadie está á la moda. El único recurso que nos queda, es el ogro Sarcey.

* * *

Sarcey es un hombre excelente y jovial que apenas se ha comido, en lo que lleva de ogro, sino unas cuantas docenas de poetas decadentes y de dramaturgos ideólogos.

No es un hombre hermoso, no: pero es, en cambio, el más agradable de los hombres. Pequeño de estatura, gordo, más que gordo, rechoncho, con la barba corta é hirsuta, con los ojos diminutos y los labios carnosos y burlones, parece un abuelo de Sancho.

Lo que más me llamó en él la atención la primera vez que tuve el gusto de verle, fué su modo de ha-

blar de ciertas épocas que á mí se me figuran antiquísimas.

— Cuando yo comencé á tener alguna fama, en el año 40 — decía.

O bien:

— Una noche que Luis Felipe I nos dijo tal cosa...

Y así, durante media hora, yo no pensé sino en la edad fabulosa que ese hombre podía tener... ¿Cien años?.. Siendo célebre hace sesenta años... ¿Siglo y medio?...

Al fin él mismo me sacó de dudas y de curiosidades:

— Este sí que es un buen muchacho — me dijo mostrándome un busto de mármol que representa el arquitecto Garnier — un buen muchacho en toda la extensión de la palabra; yo le quiero como á un hermano... Pero no crea usted que es muy joven... verá usted... unos años menos que yo... debe de andar por los setenta y tantos...

* * *

Sarcey es lo que en Francia se suele llamar desdenosamente « un universitario », es decir, un antiguo alumno aprovechado de la escuela normal, un maestro de retórica, un erudito, un gramático, un

enemigo de las tendencias nuevas, un cerebro apertaminado, un hijo de los libros de clase, en fin.

Lo único que le salva de la más completa vulgaridad, es su ingenio natural, la frescura de sus chistes y la valentía con que sostiene sus opiniones. « Los dramas de Goncourt — suele decir — son malos. » Y todos nos echamos á reír y le llamamos burgués. Pero él dice de nuevo que los dramas de Goncourt son malos, son malísimos, son horribles; y lo dice con tal seguridad, y lo dice tanto, y trata de probarlo con tal acopio de razones vulgares, y se encarniza de tal modo contra todo lo nuevo y contra todo lo raro y contra todo lo brillante, que su crítica llega á parecer épica.

Reunidos en un inmenso volumen, sus folletines del *Tiempo* serían la epopeya de las ideas burguesas.

También serían un repertorio de chistes graciosos.

*
* *

El primer triunfo periodístico de Sarcey, fué un triunfo involuntario. Hace cincuenta años un ministro de Instrucción Pública de Francia ordenó que los preceptores pagados por el Gobierno se afeitasen lo mismo que los cocheros y los mozos de café. Sarcey, que entonces era maestro de escuela en una aldea, y que además preparaba dos ó tres libros muy

sabios sobre la « enseñanza universitaria », aprovechó la coyuntura para mostrar su erudición en una carta destinada á probar al señor ministro, que la barba de los sabios había sido respetada por los más feroces tiranos antiguos y modernos. La carta fué publicada é hizo reír á todo el mundo. Al día siguiente un diario de París ofreció al « paladín de la barba » un puesto de cronista humorístico.

— Y lo más enrioso — agrega Sarcey al contar esta aventura epistolar — es que yo no me figuraba escribir una broma.

*
* *

Una anécdota que os hará comprender el odio que el gran crítico tiene por todo lo que no es enteramente familiar:

— Hace algún tiempo — me dijo — cierto periódico americano, de Chile, de Méjico ó de Buenos Aires, nos pidió á Jules Claretie, á Arsenio Houssay y á mí, una ó dos crónicas mensuales. Á mí me pareció desde luego extraño que una publicación de país español quisiese tener colaboradores franceses y publicar artículos en francés; pero como las cartas en que se nos proponía la colaboración eran muy amables y como además prometían pagar bien, me

puse á la obra y mandé desde luego una crónica sobre un asunto cualquiera, un asunto muy sencillo, uno de esos asuntos que no pueden ser tratados sino familiarmente. Pasó un mes, luego pasó otro mes; y cuando menos me acordaba yo de mi periódico ultramarino, recibí un enorme paquete de papel impreso. La colección — me dije — me mandan la colección del periódico; pero no; era un solo número, un número inmenso, con varias páginas y con una letra... se conoce que allá los lectores no son miopes. Allí estaba mi crónica, no en francés, sino traducida al español; la leí por curiosidad: yo comenzaba diciendo « *il me parait naturel que dans les pays du Nouveau Monde, etc.* » el traductor decía: « *Paréceme que en los ricos países de allende el mar Atlántico, etc.* »; y todo seguía así, en el mismo tono conquistador, por lo cual me decidí á no seguir haciéndome traducir de modo tan caballeresco...

* * *

Después de examinar metódicamente todos los botones de su chaleco, Sarcey continuó:

— Mis gustos son muy sencillos; los periódicos inmesos no me placen; mi ideal fué siempre funda-

una revista semanal muy pequeña y muy barata, una revista que pudiese servir para todo y para todos, algo como el *Espectador* de Adisson; pero imposible, enteramente imposible á causa de mis ocupaciones y de mi relativa pobreza.

— ¿Y los *Anales*?

— Sí; los *Anales* son algo míos y responden hasta cierto punto á mi ideal; pero ni los fundé yo, ni los dirijo yo tampoco... ¡Es una historia curiosa la fundación de esa revista hoy tan popular!... Verá usted... Fué en el año... ¿en que año fué?... en fin, hace ya mucho tiempo, mucho tiempo, tres ó cuatro lustros... Una mañana se presentó en casa un jovencito imberbe, sin recomendación de nadie, así como usted, y se sentó en esa misma silla en que está usted sentado. Venía á contarme su historia literaria, á decirme que su ensueño secreto consistía en conquistar un puesto humilde en la República de las letras. — « Trabaje usted. » — le respondí. « Sí trabajo mucho. » — « Entonces — se me ocurrió decirle — trabaje usted más aún. » Pero él quería, por lo contrario, trabajar menos y mejor. « Lo que deseo hacer — me aseguró — es fundar una revista en la cual colaboren los hombres más notables de mi época, una revista nueva, de lujo, cara; una revista que haga hablar de mí. » — « ¿Y tiene usted dinero? » — « Sí. » — « Pues entonces, hijo mío, lo

mejor que usted puede hacer es contentarse con publicar una revista útil, que sea muy barata y que pueda ser leída por todo el mundo. »... Seguimos charlando y el joven literato se marchó, al cabo de dos horas, convertido á mis teorías periodísticas. Luego volvió á verme varias veces; vino á almorzar conmigo; fué, en fin, uno de mis mejores amiguitos. Yo creía conocerle, cuando otra mañana, de repente, se presentó de nuevo en mi cuarto de estudio y me aseguró que estaba enamorado de mi hija. ¡Demonio!... Sin embargo la cosa en sí misma no me extrañó porque yo siempre había creído que mi hija era muy digna de ser amada por un hombre inteligente... Sólo que... « Está bien — le dije; pero, ¿y á mí que me cuenta usted? » — « Pues que me quiero casar con ella. » — Eso ya me pareció más extraño: el chico era acaudalado y yo nunca he tenido un cuarto. — « Piénselo usted bien. » — « Ya lo he pensado. » — « Pues entonces cásense ustedes » — Y al día siguiente, en efecto, comenzaron á casarse. El joven de que le hablo á usted, es hoy un hombre famoso, redactor del *Tiempo*, director de los *Anales*, autor de varios libros de crítica, Adolfo Brisson, en fin.

*
* *
*

Entre los veinte mil y un estudios que sobre Sarcey se han escrito, hay muchos que son graciosos, algunos que son interesantes y dos ó tres que son magistrales, como el célebre artículo en que Lemaitre le compara con Voltaire. Pero justo y que produzca la misma impresión que el hombre y sus obras producen, sólo conozco uno, muy corto y muy irónico, un simple perfil trazado por el autor del *Mandarín*. Ese perfil se reduce á las siguientes líneas:

« Escribe sus artículos al día, sin gran composición, á la buena de Dios. Charla con sus lectores; escucha las objeciones de ellos, enseña « cosas » á sus amigos los burgueses, diciéndoles alguna agudeza. Más bien conversa y charla que redacta una columna de periódico. Sarcey me hablaba de la manera de escribir. Él tiene una, y á ella está habituado su público: manera familiar, en la que á veces, bajo la forma nueva, se halla un giro de Voltaire ó de Courier. En cuanto á Sarcey crítico, siento ir contra la opinión de un gran número de lectores, pero me gusta menos que el Sarcey cronista. Escribe en francés, sin duda, pero ni tiene la frase colorista de Gautier, ni el ingenio de Janin, ni la batalla de ideas de Zola. Es pesado como él mismo, y si bien sus argumentos van á veces en columna cerrada, eso se parece á los combates de elefantes. Pero yo haría mal en acentuar demasiado mi pensamiento, pues

no me mantendría en los límites necesarios. Si Francisque Sarcey rehace tantas veces las obras dramáticas á su capricho, también es muy erudito en cosas de teatro, juzga con placer y con imparcialidad, se deja llevar de sus impresiones, ríe de buena gana y aun « se burla ». Asiste á las primeras representaciones siempre acompañado de señoras, como un sencillo espectador; se olvida del compañerismo, de los enemigos también, y emite su opinión. Pocas personas dicen lo que sienten. »

*
* * *

Su gran sencillez, su *bonhomie* extraordinaria y su franqueza ruda, han hecho de Sarcey un crítico de teatros discutido en todo el mundo y un conferencista respetado y aplaudido por todo París.

Sus obras maestras, en efecto, son esas largas charlas espirituales en que el viejo maestro explica al público francés, con razones familiares y con imágenes de hortera gracioso, las bellezas del teatro clásico y los horrores del teatro moderno.

— ¿Qué son los dramas modernos? — me dijo un día — nada más que una gran idea ó un gran problema echados á perder. Los dramas antiguos, al contrario, son ideas comunes enaltecidas y

ennoblecidas por medio del arte. Nada tan trágico como *Fedra* y al mismo tiempo nada tan aristocrático y nada tan noble ¿ no es verdad, ? Pues bien; en todas las crónicas de los tribunales se encuentran casos idénticos: un hombre viejo que, teniendo un hijo buen mozo, se casa con una mujer joven; luego la mujer se enamora ó cree enamorarse del hijo de su marido, y nada más. Pero con eso Racine hace una maravilla; mientras que los poetas nuevos hacen hablar á los ángeles, y á los demonios, y á las ninfas, y á los héroes homéricos; y á pesar de todo, sus obras parecen vacías y no producen ninguna emoción... Macterlink, por ejemplo, tiene mucha fama; pero ¿ por qué? ¿ porque sus héroes pasan dos horas buscando la cabellera fantástica del monstruo azul de la floresta dorada? No; verdaderamente eso es muy tonto. Yo prefiero las comedias que hacen reír francamente, á los dramas que hacen reír de mal humor.

Estas palabras, que á mi se me figuran lo más vulgar del mundo, y que son el resumen de la Biblia Estética de la mayor parte de la humanidad, contienen la substancia de todas las conferencias de Sarcey.

El gran crítico no ha hecho más que repetir lo mismo durante cincuenta años. Y sin embargo sus conferencias son agradables... ¿ Por qué son agradables sus conferencias?... Porque es el mismo crítico quien las recita, con su buena cara de abuelo

jovial, de maestro de escuela sin vanidad, de apóstol sonriente. Y también, y sobre todo, porque en el fondo de su obras hay algo que es bello y que es grandioso como todas las locuras: la locura de la Vulgaridad y del Buen Sentido.

LOS APOSTOLES PARISIENSES